



LAS VACACIONES

Javiera Fernández Álvarez

Socoroma está ubicado a 3.060 metros de altura, en la comuna de Parinacota. Mi madre siempre me ha contado sobre Socoroma. Desde que nací lo ha mencionado tantas veces que se quedó grabado en mi memoria. No sé si algún día esta información servirá, porque no me interesan esas cosas, soy uno de los típicos niños que siempre está en el celular jugando. Mi mamá siempre me decía que iríamos a Socoroma pero, como siempre, no tenía tiempo.

Un día estaba de lo más normal, hasta que llegó mi mamá y me dijo:

—Alexander, hijito que Dios me ha dado, te tengo una sorpresa: en estas vacaciones iremos a Socoroma, donde está tu abuela Alana.

—¿Qué? ¿En serio? ¿Cómo? —esas preguntas vinieron a mi diminuta mente.

No sabía si mi mamá hablaba en serio o solo me estaba bromeando, porque a mí y a mi familia siempre nos gusta hacer bromas. Aunque a mí más que a ella, pero en el fondo sabía que ella no bromearía con algo así. Yo estaba feliz, pero esa felicidad solo era interna, porque le respondí algo tan simple como: “¡Qué bien!”.

Me resulta raro pensar en algo solo para luego decir una cosa muy diferente. Es contradictorio.



Por fin vacaciones, puedo descansar, puedo disfrutar de la vida, puedo... mejor dejo la exageración. Estaba en el furgón camino a Socoroma; cuando llegamos. Era todo verde, verde puro, verde, todo lo que veía era verde. Me impresionaba, porque donde vivo se ve muy poco el verde. Llegué a la casa de la abuela y estaba todo tranquilo. Toqué la puerta y mi abuela abrió. Me dio un gran abrazo de oso que me dejó sin aliento y me dijo:

—¡Mi nietecito, tanto tiempo sin verlo! Uy, has crecido mucho y estás más panzoncito, pero tranquilo, conmigo no subirás de peso.

Mi abuela es muy cariñosa, hasta creo que se me está contagiando. Mi mamá sacó las cosas del furgón, con la ayuda de mi abuela. Yo solo me acerqué a sacar mi celular, ¡pero cuando lo prendí casi me da un infarto! Y grité: “¡Nooooooo!” Mi mamá dejó lo que estaba haciendo y vino corriendo, diciéndome: “¡Hijito!, ¿qué pasó?” Mi mamá lo dijo alterada, se asustó mucho, y yo solo le dije: “¡No hay señal!”. Mi mamá no podía creer lo que yo le decía.

Pasaron varias semanas. Me costó acostumbrarme, porque estuve varios días prendiendo mi celular a cada minuto, con la esperanza de que mágicamente tuviera señal, pero nunca pasó.

Mi abuela me contó sobre un carnaval que dura una semana y que el día sábado se puede jugar con harina y con globos de agua. Eso fue lo único que retuve, porque me puse a pensar en otras cosas mientras me hablaba. Y no me di cuenta que pasó una hora hablando con mi abuela.

Estaba nervioso, porque mi abuela salió con unas amigas, y se le ocurrió la gran idea de invitarme a jugar con los nietos de ellas el día sábado, para jugar con harina y globos con agua.

Ya era viernes y me arrepentía de haberle dicho que sí. En realidad, no sé por qué acepté. Me costó dormir, pero cuando me desperté, lo primero que pensé era en tener que jugar con niños que no conozco; hacer eso cuando era más pequeño estaba bien, pero ahora me daba vergüenza.

Llegué donde los niños, seguía nervioso, pero se me pasó de a poco, porque después me divertí estando con ellos. Me impresionaron, porque eran tan sociables y con mucha personalidad comparándolos conmigo que soy muy callado cuando hay mucha gente.

Las vacaciones no estuvieron nada mal, pude aprender mucho y pude ser más sociable. Ahora me siento con más fe y creo que estoy listo para el colegio. Tal vez, no esté completamente seguro; tal vez, quiero quedarme a vivir acá.

Javiera Fernández Álvarez

11 años

Arica

Primer lugar regional